

(Discurso del Lic. Pedro Troncoso Sánchez en el acto de homenaje al Dr. Vetilio Alfau Durán el 20 de abril de 1982 en el Museo Nacional de Historia y Geografía).

Mi atención se fijó en Vetilio Alfau Durán en los lejanos años veinte, cuando el “Listín Diario” publicaba artículos y crónicas que él enviaba desde Higüey. Yo pensaba que era un maduro señor periodista amante de la historia y atento a la realidad nacional. Con el tiempo me sorprendió saber que se trataba de un muchacho que no había cumplido los veinte. Había nacido en 1909.

Vetilio es higüeyano pero desde muy temprana edad supo lo que era vivir en la capital, en una vieja casona de la ciudad, muy cerca de la Catedral. De 1920 a 1922 fue alumno del Colegio Santo Tomás, dirigido por mi inolvidable tío y maestro Parmenio Troncoso. Cada domingo era llevado el escolar al vecino templo a misa por su preceptor, junto con los otros internos del colegio.

Con su mente precoz absorbió sin duda el pétreo ambiente colonial, cargado de reminiscencias del pasado, y estableció analogías entre esta vivencia y la del santuario de la Virgen en la legendaria Higüey que él conocía como sus manos.



Tal vez estas experiencias infantiles le despertaron su vocación de historiador. Lo cierto es que después de su retorno y larga residencia en el pueblo natal, durante la cual, ya adulto, cuidó del tesoro municipal, al trasladarse nuevamente a Santo Domingo en 1944 su ocupación favorita era entrar en la Catedral y hundirse en sus archivos, dotado ya de esos atributos que son esenciales al auténtico investigador: el ansia de adquirir conocimientos verdaderos, la paciencia y la capacidad de no sentir el paso de las horas. Atributos a los que se asocia en Alfau Durán la convicción de que el conocimiento del pasado es el gran orientador para mejorar la conducta de los pueblos.

Era la época en que comenzaba a funcionar la Facultad de Filosofía de la Universidad de Santo Domingo después de prolongado eclipse y naturalmente Vetilio cursó estudios en ella hasta obtener sucesivamente los grados de Licenciado y Doctor. También estudió en la Facultad de Derecho y para alcanzar el Doctorado en esta disciplina produjo en 1952 una tesis acerca del Derecho de Patronato en la República Dominicana. Esta tesis no luce ser, como suelen lucir las tesis universitarias, el cumplimiento de una formalidad necesaria a la obtención de un título sino, muy por el contrario, como una obra de madurez de un investigador de raza que discurre sobre un tema histórico-jurídico en forma erudita y concluyente.

La obra pone en claro el problema de la participación gubernamental en la elección de los obispos, desde los inicios de la era colonial hasta los días de la República, culminando en la reforma constitucional de 1908 y en lo establecido al respecto por el Concordato.

Nombrado catedrático de la Universidad de Santo Domingo en 1947, ejerció la docencia en la Facultad de Filosofía, dentro del marco de la ciencia histórica, hasta 1966. A poco de asumir esta cátedra, en 1949, ocupó por diez años la dirección de la biblioteca general universitaria.

Su fuerte inclinación a la investigación histórica fue



determinante para que sucesivamente ocupara por un tiempo la dirección del Archivo General de la Nación, que ya le era tan familiar debido a sus anteriores trabajos de búsqueda en los documentos que esta institución conserva.

Lo escrito hasta ahora por Vetilio Alfau Durán parece poco si sólo nos fijamos en sus libros. Esta falsa apariencia, a mi juicio, tiene dos causas: la una, que una gran parte de su producción está diseminada en periódicos, revistas y boletines a lo largo de más de cincuenta años. Partiendo del tercer decenio del siglo ha acumulado una cantidad de trabajos que nadie, que yo sepa, ha reunido en un solo cuerpo para su publicidad. La segunda causa es la incorregible modestia del autor, que no da importancia a su propia producción, como lo evidencia el hecho de que no la hace figurar en su curriculum vitae. Más aún, Vetilio me confesó hace días que él no tenía curriculum vitae.

Saltan a la vista estos libros de Vetilio: “Mujeres de la Independencia”, “Los Fundadores de la Trinitaria”, el “Ideario de Duarte”, “Bibliografía de la Novela y la Poesía en la República Dominicana”. Libros estos muy buscados como obras de consulta, sobre todo el “Ideario de Duarte”, que es aportación importantísima para el conocimiento de la doctrina duartiana en los más amplios niveles de la sociedad.

A estas publicaciones hay que agregar las que no saltan a la vista, porque precisa encontrarlas hojeando colecciones en las hemerotecas, calzadas, no con su nombre, sino con las iniciales V.A.D. en los periódicos y revistas de la República, en “Clío”, órgano oficial de la Academia Dominicana de la Historia; en el Boletín del Archivo General de la Nación, en el Boletín del Instituto Duarte, en los volúmenes del mismo Instituto, del primero de los cuales, “Apuntes de Rosa Duarte, Archivo y Versos de Juan Pablo Duarte”, es-co-autor con los ilustres historiógrafos Emilio Rodríguez Demorizi y Carlos Larrazábal Blanco. También en la vasta obra genealógica de este último autor.

Me consta que la esposa y los hijos del homenajeado de



esta noche participan amorosamente en la custodia del tesoro que es su archivo y biblioteca y mucho hacen para darle permanencia perdurable a lo reunido por Vetilio en varios decenios, lo que permitirá la presentación del conjunto de su obra.

Siempre que Vetilio habla lo hace para rescatar hechos ignorados u olvidados o para completar su conocimiento o para corregir errores historiográficos. Recuerdo sus artículos de periódico sobre algunos próceres y una serie que intituló: "En torno al 27 de Febrero". También su investigación de la casa natal de Duarte y acerca de la casona de Bondillo en que se celebró la célebre asamblea del 13 de diciembre de 1808. También su intervención en un Seminario del Instituto Duartiano en que presentó pruebas de que en Santo Domingo hubo un partido afrancesado desde el período francés hasta entrada la República. Empero convengo en que este recuerdo se queda corto al lado de todo lo suscrito por Vetilio Alfau Durán.

Hoy me enteré por un periódico de que publicó su primer artículo cuando apenas tenía 16 años.

Estreché amistad con Vetilio cuando desempeñaba la dirección de la biblioteca general universitaria siendo yo rector de la vieja academia. Nuestras conversaciones se referían naturalmente a los problemas y contingencias del servicio, pero siempre culminaban en temas históricos o genealógicos. Desde entonces hasta hoy Vetilio es el padrino que me facilita la tarea o que me saca de apuros cada vez que me enredo en el trabajo de poner en claro algún episodio del pasado. Y no sólo conmigo ejerce ese padrinazgo. Yo creo que desde hace décadas él es una autoridad a la cual no pueden dejar de acudir quienes se comprometen en el mismo empeño.

Hay una faceta de Vetilio que él mismo se ha encargado de ocultar o de lucir en muy raras ocasiones, llevado de su humildad y de la idea de que su voz no tiene volumen. Aludo al orador que hay latente en él. Para mí fue una revelación



el Vetilio orador, cuando pronunció el discurso de orden en el acto celebrado por la Academia Dominicana de la Historia en la ocasión del Centenario de la muerte del patricio Ramón Matías Mella el 4 de junio de 1964. Recuerdo especialmente la evocación que hizo del entierro del héroe en Santiago señalando con palabra conmovida que al luctuoso acontecimiento asistió una constelación de próceres encabezada por Juan Pablo Duarte.

Consideré oyéndolo que la calidad de su verbo se sobreponía y anulaba la limitación de sus cuerdas vocales y así se lo manifesté. Le puse como ejemplos de personas que superaban el problema físico de la voz a Francois Mauriac y a André Mauroys, las dos cumbres de la intelectualidad francesa en la época vivida por mí en París en los años cincuenta. Mauriac era un afónico y Mauroys tenía entonación infantil. Sin embargo, aquellos dos oradores hacían completa abstracción de estas circunstancias al grado de que los oyentes no las percibían porque sólo apreciaban el valor de sus palabras de oro.

Otra ocasión en que Vetilio nos concedió a un grupo el privilegio de aquilatar su oratoria fue cuando en 1977 el Instituto Duarteño rindió un homenaje a la memoria del Pbro. Pedro Carrasco y Capeller, compañero de Duarte en las jornadas de la Independencia, acto celebrado ante la tumba del prócer sacerdote en la Iglesia del Carmen en presencia de varios descendientes de la familia Duarte-Diez.

Ojalá se hagan más frecuentes las ocasiones en que luzca la oratoria instructiva y galana de Vetilio Alfau Durán.

Otra faceta que es justicia destacar en Vetilio es su ejemplar generosidad; su amplia disposición a ayudar a cuantos acuden a su autoridad en demanda de un dato o de una orientación. Su archivo y su biblioteca no son cotos cerrados a colegas y estudiosos. Son al contrario una institución abierta al servicio de la indagación historiográfica en este país. Tiene él la ventaja de su gran memoria para



dar pronta respuesta a cualquier pregunta o para saber en qué lugar de su archivo encontrar la información solicitada. Su tarjetero es su cabeza y la vocación de servicio es su corazón.

Si este país estuviera más desarrollado hace tiempo que Vetilio Alfau Durán fuera, por obra de una natural decantación de valores en la sociedad dominicana, el Cronista Nacional oficialmente instalado con oficina y personal.

Por ser un historiador de tiempo completo que desde medio siglo atrás está dedicado con abnegación a la recreación de nuestro pasado y a la perpetuación de los hechos presentes para uso de las futuras generaciones, ningún acto más justiciero que el decidido por la Dirección del Museo Nacional de Historia y Geografía de designar con su nombre una de sus salas.

